

La desespiritualización de la sociedad moderna ⁽¹⁾

Al ser invitado deferentemente por el señor decano de esta Facultad de filosofía y letras a que pronunciara en ella una conferencia, estuve dudando entre si traer escuetamente uno de los temas filosóficos que se cultivan en la disciplina científica a que dedico mis actividades, o desarrollar — dentro, naturalmente, del sector de mis preocupaciones profesionales — un pensamiento de mayor amplitud y sugestividad. Acabé por decidirme a escoger el segundo camino, en gracia a un auditorio al que creo poco habituado a la argumentación técnica de un economista, y al que quisiera, no obstante, llevarle — aunque lo más en volandas posible — por ese terreno seco y escarpado en que los hombres de hoy

(1) Conferencia pronunciada por el profesor Olariaga, en el salón de grados de la Facultad, el 27 de septiembre de 1927, ante selecto auditorio. El decano, profesor Alberini, presentó al conferenciante con las siguientes palabras:

Era natural que el joven maestro español don Luis Olariaga, profesor de la Universidad de Madrid, no abandonara nuestro país antes de hablar en esta Facultad, después de su brillante actuación en las de Ciencias económicas y Derecho y ciencias sociales. Su presencia aquí halla serio fundamento si se considera que este economista une a su fuerte sentido de lo concreto un muy vivo gusto por los conceptos filosóficos. Bien lo prueba el tema de esta conferencia. La preocupación por el espíritu filosófico siempre alienta en cualquiera de sus trabajos, aun en los de orden más especial y técnico.

Verdad es que la economía política siempre fué de algún modo ciencia filosófica, y lo ha sido hasta cuando sus cultores se empeñaron en eludir toda filo-

dirimen, a veces con airada violencia, las más rudas contiendas de la vida. No sé si habré acertado al escoger el rumbo. Quede constancia, por lo menos, de que mi intención fué buena.

A primera vista parecerá extraño que un economista se preocupe de la desespiritualización de la sociedad. Muchos confunden al hombre de negocios y al economista y, a lo sumo, suponen que aquél es un práctico y éste un teórico de la misma materia. Y es por eso, justamente, por lo que muchos se asombran de que los economistas suelen ser unos pobres diablos, mientras los hombres de negocios hacen fortuna, deduciendo, claro está, la triste consecuencia de que la teoría no sirve para nada, y creando ese innegable desprecio que el industrial y el comerciante han sentido siempre por el hombre de ideas.

Pues bien, señoras y señores, habréis de saber que son tareas bien dispares y, en ocasiones, bien contrarias, la del negociante y la del economista. El primero se ocupa de obtener el mayor beneficio particular posible de sus actividades y de sus recursos; al segundo le interesa armonizar todas esas actividades y recursos económicos particulares, para que tenga el mayor desarrollo posible el tesoro material de la colectividad y, al mismo tiempo, acoplar ese tesoro material a los altos fines espirituales humanos. Comienza, pues, el economista donde termina el hombre de negocios, como comienza el arquitecto donde termina el constructor

solia. Ello no constituye una desventaja, pero puede serlo cuando la ciencia económica está penetrada por una filosofía inconsciente, vale decir por una filosofía que, por no tener conciencia de ser tal, puede inficionar la mentalidad de un investigador exento de seria educación filosófica. No hay peor metafísica que la forjada, o mejor dicho, que la vivida al margen de la conciencia científica. Un temible espécimen de ella se nos revela en algunas de las más difundidas formas del pensar social. La economía, ciencia axiológica, y por tanto del espíritu, degeneró, a fuerza de matematismo ingenuo y de dogmatismo hedónico, en una estéril mecanización del mundo de los valores humanos. Olariaga no pertenece a este género de economistas. Sabe que su ciencia se nutre de hechos, pero no ignora que se trata de hechos humanos cuya especificidad debe respetarse. La ciencia, para ser tal, no necesita sacrificar la complejidad y la naturaleza de los fenómenos de la economía humana en nombre de una pseudo-claridad mecánica.

práctico. El constructor práctico es un hombre que sabe lucrarse levantando materialmente edificios. Ni él traza el esquema de esos edificios, ni le importa el lugar ni las condiciones en que han de hallarse situados. El arquitecto, en cambio, anda preocupado de que los edificios que se construyan respondan a las condiciones generales de salubridad, de belleza, de utilidad general, que constituyen los fines superiores sociales. Incluso puede ocurrir que el arquitecto considere que, abandonada la construcción de los edificios a la empresa lucrativa privada, el afán inmoderado de lucrarse lleva a los constructores a edificar sin solidez, ni higiene, ni gusto, y al efecto proponga eliminar ese factor de la codicia privada, por nocivo, y realizar las construcciones futuras por cuenta del Estado o del Municipio.

Así también una escuela de economistas, llamada socialista, propuso que se hiciera desaparecer en toda la producción de riqueza ese peligroso estímulo privado, y que fuera el Estado quien se encargara de organizar y dirigir la vida económica, haciendo desaparecer los hombres de negocios.

Yo no soy socialista, por muchas razones que estaría fuera de tono enumerar ahora, y no creo conveniente eliminar la iniciativa privada y el estímulo lucrativo en la producción de la riqueza, pero

Olariaga es todo un técnico de fuerte temperamento empírico. Empero, no haya cuidado que el amor a las ideas le ciegue ante la realidad. Por eso, además del sentido de lo concreto, sin el cual no hay ciencia, tiene, y de modo bien manifiesto, sensibilidad filosófica, formada en las doctrinas más vitales del pensamiento contemporáneo. De ahí que en su obra podamos celebrar no sólo la existencia de una fina penetración científica, sino también el firme espíritu objetivo con que logra dilucidar los problemas más inquietantes de nuestra época. No nos sorprendamos. Olariaga pertenece a la nueva generación intelectual de España. Es uno de los representantes de ese renacimiento de la cultura hispánica que preside el gran maestro don José Ortega y Gasset, cuya obra, llena de valor fermentativo, merece nuestro homenaje. Fuera superfluo, pues, recordar una vez más con cuánto interés seguimos este movimiento y cuánta trascendencia tienen para nosotros los destinos de la vigente cultura española. En nombre de la Facultad de filosofía y letras me es grato ofrecer esta tribuna al profesor Olariaga para que trate un tema tan digno de él como de nuestra casa.

eso no obsta para que me preocupe tanto como a algunos socialistas les preocupó el problema de evitar, hasta donde sea posible, que la humanidad siga embrutecida en la actual porfía económica.

Se me figura que, al cabo de estas aclaraciones, no puede extrañar a ningún oyente que a un economista le inquiete el tema de la desespiritualización de la sociedad moderna.

Se ha caracterizado la sociedad moderna, desde el punto de vista cultural, por el predominio de las ciencias fisicomatemáticas y por sus aplicaciones a la técnica; desde el punto de vista jurídico, por la libertad individual; desde el punto de vista político, por la intervención del pueblo en la gobernación de las naciones por la democracia; y, desde el punto de vista económico, por la asociación y mecanización del trabajo y la consiguiente supremacía del capital.

Las ciencias experimentales sacaron al hombre de su enquistamiento teológico, de su acoquinamiento intelectual, de su esterilidad social, y le permitieron abrir amplios horizontes a la observación, convertir audazmente en problemas todos los fenómenos vitales, dominar con la técnica las fuerzas naturales y llenar la existencia de claridad, de sabiduría y de poder. La libertad individual permitió al hombre disparar briosamente su voluntad y lanzar por doquiera iniciativas, y emprender toda suerte de faenas, y enriquecer prodigiosamente el repertorio de actividades de la colectividad social. La democracia interesó al hombre en el regimiento de sus destinos colectivos, le llevó a participar en la deliberación y en la responsabilidad de la administración pública, le hizo sentir la emoción de la lucha por los ideales. La gran industria creó al hombre los instrumentos de subordinación del mundo material, le abrió caminos en las tierras y en los mares, le extrajo el oro y el fuego de la entraña del planeta, le sujetó y esclavizó la fuerza de los montes, le arrancó del misterio la electricidad, y multiplicó indefinidamente las riquezas corpóreas de la vida y la capacidad de actividades.

Pero la ciencia experimental, y la libertad jurídica, y la demo-

cracia, y la gran industria, que pusieron las bases a la sociedad moderna y trajeron al hombre ventajas sin cuento, lo hicieron a costa de sacrificar al hombre mismo. Los anhelos, las revoluciones, las luchas de los siglos últimos, por destacar, desenvolver y exaltar al individuo, le hicieron tal objeto de veneración que acabaron por ocultarlo con las nubes del incienso que en su honor quemaron. Y hoy que encontramos todo objetivado, regulado y frío, convertido en piezas de un gran mecanismo pensante y viviente, nos preguntamos: ¿dónde está el hombre? ¿Dónde está ese poder de irradiación vital insubstituible que se llamó el corazón del hombre?

La ciencia moderna redujo el espíritu humano a la función intelectual. La cultura del siglo xix da el rango máximo a la inteligencia en la vida espiritual, y casi simplifica el ser humano en el ser que conoce, y piensa y sabe. Pero hay más todavía. La ciencia moderna simplificó también el saber en un tipo de saber: el saber abstracto, fisicomatemático. Lo que ha llamado ciencia el siglo xix y dado carácter a la mentalidad de la época, ha sido la difusión y predominio de una manera de pensar, que no es la única manera ni la más penetrante de ejercitar el pensamiento: la manera de pensar por conceptos que Rickert, el filósofo alemán, ha llamado « nomográficos », y que es peculiar de las ciencias naturales.

Las ciencias naturales proceden en la formación de sus conceptos por eliminación de todo cuanto no sea general en las representaciones. Al naturalista le interesa de un animal exclusivamente lo que tiene de común con los de su género o especie. Por este procedimiento, el naturalista domina con su pensamiento zonas de fenómenos muy extensas, pero a costa de dominarlas superficialmente, de dominar sólo un aspecto de los fenómenos y desconocer en ellos su contenido individual y típico, o su sentido humano. Con el método de las ciencias naturales no se conoce más que las relaciones cuantitativas, puramente espaciales, de los fenómenos. Nada se averigua de su intimidad esencial y cualitativa.

Pero existe otro método de conocimiento, que es el propio de las ciencias morales y políticas, que el mismo Rickert llama « cul-

turales », en oposición a las que tratan de la naturaleza exterior, o sea de las « naturales ». Al historiador, por ejemplo, no le interesa, como interesaría hipotéticamente al naturalista, lo que hay de común entre Gladstone y los demás estadistas de Inglaterra. En el concepto antiguo de la historia, interesaría al historiador lo que hay de concreto e individual en Gladstone ; en un concepto más desarrollado de la historia, le interesaría la significación de la personalidad y de la obra de Gladstone, desde el punto de vista de los fines humanos. En las ciencias culturales existe siempre una « valoración », y esa valoración decide justamente lo que es esencial. Esa « valoración » no se da en las ciencias naturales, donde lo general de la representación es decisivo sin « valoración » alguna con relación a determinado fin humano. De aquí que las ciencias culturales no procedan fundamentalmente en la formación de sus conceptos de un modo « nomográfico » sino « ideográfico ». Las relaciones causales entre los fenómenos no reciben en ellas sentido sino desde el punto de vista de su humana finalidad.

Pues bien ; la sociedad moderna, no sólo ha dejado regir la generalidad de sus conocimientos de toda clase por ese método de pensar, que en todo caso era aplicable únicamente a las ciencias que se ocupan de la materia sin espíritu y sin voluntad, y no del hombre, sino que ha encarrilado las propias relaciones de convivencia social en esa tendencia a la abstracción, a la generalización y al mecanismo. Y, analizándola con un criterio humano, he aquí cómo esa sociedad se nos muestra.

La concepción mecanicista y orgánica del pensamiento moderno substituyó al hombre de ideas, al hombre de educación integral y de cultura comprensiva y humana, por el especialista. El especialista es el sabio deshumanizado, el sabio sin alma, que por extender sus conocimientos en una materia, se convierte en fragmento de sí mismo, desarrolla un solo aspecto de sus aptitudes y de su concepto de la vida, y se articula con otros especialistas en un gran mecanismo objetivo, que es la ciencia en cuyo conjunto, puramente abstracto y figurado, está la única comprensión completa de la existencia, y la única personalidad inteligente integral.

De ahí ese tipo de sabio que se mueve torpemente en todos los aspectos de la vida que no sean su especialidad y que a veces hace una triste figura, no sólo como persona moral y social, sino también como persona inteligente y comprensiva.

¿Y dónde está el individuo libre que el derecho moderno reconoce? Las revoluciones de los últimos siglos imponen la igualdad jurídica de todos los individuos, que es el supuesto esencial de la libertad de cada uno de ellos. Pero no reparan en que la igualdad jurídica es una ficción, y en que, por debajo de esa igualdad de derechos, subsisten de hecho una serie de privilegios y desigualdades que coartan la libertad de quien no los disfruta. El señor feudal ya no sigue obligando a sus siervos con una serie de prestaciones personales, pero, convertido en gran propietario, les agobia igualmente con sus rentas y con toda la fuerza que da la amenaza de poder privar de los medios de subsistencia. El hombre rico tiene ante el derecho igual consideración que el hombre pobre, pero de hecho existe entre ellos una desigualdad de situación bien evidente, y cuando el rico va a contratar el trabajo del pobre, para que le sirva en sus negocios o en su vida doméstica, el pobre tiene que aceptar la retribución que le señalen, para no perecer de hambre. La igualdad jurídica no le ha servido al pobre para oponer su voluntad y su conveniencia a las del rico, sino que ha tenido que someterse.

De nada ha servido que los códigos civiles les dijeran que para contraer obligaciones mediante contrato eran iguales, si la realidad les ponía en condiciones de manifiesta desigualdad y de comprobar que los principios igualitarios del derecho eran puras abstracciones.

¿Y qué es el ciudadano en la democracia moderna, sino un ente de razón, vacío de realidad y contenido, que actúa en una organización puramente aritmética de las presuntas conciencias individuales? ¿Dónde está esa intervención popular, consciente y efectiva del ágora helénico? En ninguna parte. Cada ciudadano es un simple número, un simple voto en los comicios en que se eligen representantes. Este voto lo emite en nombre de una simpa-

tía personal, o de un interés de partido; a lo sumo de una vaga tendencia general al radicalismo o al conservatismo. Y tan pronto termina de emitir ese voto, ha terminado también su intervención activa política. Ante los problemas concretos que se van planteando en la vida pública del país, es un mero espectador. Generalmente no está ni educado para comprenderlos. Las cuestiones que sus mandatarios discuten en el Parlamento no las entiende, y si las entiende nada tienen que ver con su vida real, con su profesión, con sus intereses particulares o gremiales, con su estado cultural, con sus preocupaciones concretas. Ve que la Nación, con sus problemas, anda por un lado y la política por otro, sin llegar a engranar ésta en aquéllos; y que los políticos, inservibles a las verdaderas inquietudes nacionales, sin preparación para interpretarlas, se agitan y luchan por cuestiones meramente electorales y de mando, que sólo pueden afectar a su vanidad o a sus intereses privados, cubriéndolos, de cuando en cuando, con torneos oratorios sobre los grandes ideales constitucionales o metafísicos, en los cuales suelen estar muy versados.

¿No observáis en esa organización democrática la misma ausencia del hombre integral y activo, la misma tendencia a organizar mecánicamente aspectos aislados de la conciencia social, el mismo reinado de las ficciones que en la ciencia moderna o en el derecho moderno?

Y si pasáis después a analizar la gran industria ¿qué encontráis? Ese pobre obrero parcelario, producto asimismo del progreso, convertido en máquina que, junto a otra máquina de material aparentemente más insensible, realiza un trabajo automático y especializado, en el cual no tiene interés, ni pone gusto, ni conoce su posible aprovechamiento humano. Ese hombre era en la Edad media un artífice que trabajaba al lado de su maestro mirando a la calle a través del ventanal de cristales de su tallercito, y transformaba, poniendo en ello su mayor cuidado — y a las veces, acaso, su mayor ilusión —, los materiales que le llevaban los clientes. Sabía producir el objeto completo, sabía a quién servía al producirlo, podía poner su amor propio en la perfección del

servicio. No se sentía, por otro lado, sometido a nadie, ni formando parte impersonal y anónima de ningún frío mecanismo. Al anochecer, al toque de las campanas, se retiraba con su maestro, que era su amigo, que le atendía cuando se hallaba enfermo, y que, cuando sano, lo llevaba a las fiestas religiosas o artísticas de los gremios. ¿Quién no se acuerda de los *Maestros cantores de Nürenberg*, de aquella vida gremial de otro tiempo, en cuyo ambiente el genio de Wagner buscó inspiración para una de sus obras más inmortales? Pues ese artífice confiado que, al cabo de los años de trabajar familiar y cordialmente, llegaba siempre a maestro, la sociedad moderna lo convirtió en el obrero de la gran fábrica, pieza automática de una organización cuyo proceso y cuya finalidad desconoce, que golpea maquinalmente un metal o mueve monótonamente un resorte, para producir objetos que no sabe cómo son ni el destino que tienen, y que vive esclavo de una disciplina severa e inhumana, sirviendo acaso, a una sociedad anónima, a un capitalista tan abstracto e impersonal como toda aquella organización que se le impone.

¿No es esa, señoras y señores, la carátula fidedigna de la sociedad en que vivimos? ¿Y qué es lo que ha justificado esa uniforme y hueca concepción de la vida? ¿Cuál es su fin? ¿Por qué ha sido admitida? Esto es lo más grave, señoras y señores. Ha sido esa sociedad admitida y desarrollada con frenesí verdadero porque traía al hombre la felicidad. La filosofía social del siglo xviii, que es la causante de una impropia generalización de la mentalidad físiocomatemática, persigue, como ideal de la raza humana, la consecución de la felicidad; y por felicidad entiende el bienestar material. Mandeville, Bentham, Boyson fueron los que expresaron más concretamente esta orientación. La filosofía social del siglo xviii abrió paso a la organización esquemática de las actividades teóricas y prácticas, por entender que de esta manera capacitaba a la sociedad para obtener la máxima productividad de riquezas materiales. Así engendró esa terrible porfía por lo económico en cuyo torno gira toda la mecánica social contemporánea. Unos por necesidad, otros para regalo y vanidades, otros para satisfacer

estúpidas codicias, los hombres se hallan lanzados periódicamente a la pelea económica; hasta tal punto que se ha concebido todo un sistema filosófico, el materialismo histórico, según el cual, lo que determina las relaciones de convivencia entre los hombres y crea realmente la vida social, son las condiciones de la producción de la riqueza material; y tanto las instituciones jurídicas y políticas, como las ideas y gustos y sentimientos vigentes en cada época, no son sino reflejos de la situación económica. Y sabéis que esa teoría del materialismo histórico de Carlos Marx, complicada en el sindicalismo francés con otras doctrinas que, aunque no tienen nada de materialistas, conducen a la crítica de las tendencias abstractas del siglo XIX — las doctrinas de M. Bergson — llevó a Jorge Sorel, a predicar a los obreros la tesis de que el movimiento intelectualista moderno era un simple procedimiento fraudulento para vivir sin trabajar; que la ciencia y la democracia eran métodos de implantación del hombre laborioso y fecundo, en la legítima dirección de sus asuntos, por una minoría de embaucadores teóricos y políticos; y que el único ser con derecho a disponer de los bienes es el productor de riqueza material; el obrero, el industrial y el técnico que sirven a la producción directamente.

¿Qué duda cabe de que en esa interpretación materialista de la vida social hay una apreciación parcial y casi grosera de la realidad? No es exacto que la utilidad haya sido nunca el factor fundamental determinante de las relaciones sociales. No lo ha sido ni siquiera de muchas de las formas de producción que nos parece que no pueden responder sino a una necesidad económica.

La ganadería, por ejemplo, que hoy se nos figura no puede tener otra finalidad que la de procurar medios de alimentación, está demostrado que tuvo un origen bien distinto. Dice Ratzel en su *Antropogeografía*: « Pöpping llama a los indios sudamericanos maestros en el arte de la doma; y hace notar que, generalmente, se dedicaban a amaestrar monos, papagayos y otros compañeros de juego. Sus chozas estaban llenas de estos animales. Hay muchos motivos para pensar que lo que guió al hombre en sus primeros pasos para lograr animales domésticos, fué más el

instinto de sociabilidad que la utilidad que dichos animales pudiesen reportarle, y que esa idea de utilidad fué apareciendo más tarde. En general, el hombre, cuando se encuentra en un nivel inferior de cultura, hace primero lo que le agrada, y sólo después busca lo útil, obligado por la necesidad. » Lewis Morgan, escribe por su parte en *La sociedad primitiva* : « La domesticación del perro se hizo para tener un compañero de caza, así como en otros períodos, la presa y educación de las crías de animales, quizá no respondió más que al ingenuo deseo de poseerlos. » Lippert observa en su *Historia de la cultura* : « La inclinación de los hombres a tener animales bajo su dominio se comprende con la inclinación infantil al juego. Así, hoy todavía, el cazador lleva a veces a su casa un raposo, con el solo propósito de proporcionar un juguete a sus hijos. » Tugan Baranowsky afirma que el instinto del juego tuvo, probablemente, el mayor influjo en la domesticación de animales. Y añade : « La religión ha colaborado con él en buena parte. El perro, el primer animal doméstico, fué considerado por diversos pueblos animal sagrado, y atendido cuidadosamente. También la vanidad y el afán de poder social movieron a los hombres primitivos a domar animales feroces. En muchos pueblos primitivos era costumbre de sus caudillos, y lo ha seguido siendo hasta nuestro tiempo, guardar lobos, leones o leopardos domesticados, pues su aparición en público, en compañía de alguna fiera, producía profunda impresión en las muchedumbres. »

Otra necesidad, que actualmente nos parece ineludible, la del vestido, no lo fué durante muchísimo tiempo, y sigue sin serlo en bastantes pueblos atrasados. Es un hecho comprobado por la etnología moderna, que el hombre se ha procurado adornos antes que vestidos y que el vestido no es, en parte, más que un perfeccionamiento del adorno. Hay pueblos en los que no se encuentra huella alguna de vestido ; pero en ninguno falta alguna forma de adorno, por tosca que sea. Escribe Lippert, en la obra antes mencionada : « Esta primitiva inclinación del hombre a sobresalir individualmente, a hacerse visible como individuo, mediante algún distintivo que no provenga de su naturaleza, separa a la especie

humana de la de otros animales próximos, tanto como el uso de herramientas. » Ratzel lo confirma al referirse a la afición de los australianos al adorno, aun estando faltos de vestidos, en un clima frío. « Llevan más adorno que vestido » — afirma. Y Spencer, en sus *Principios de sociología*, aludiendo a los negros de diversas tribus africanas, escribe que consideran el traje como adorno, y van desnudos cuando hace mal tiempo, vistiéndose, en cambio, cuando hace bueno.

No hay que interpretar, sin embargo, el vestido como inclinación a lo bello, en los pueblos primitivos, sino como distintivo social, como medio de causar impresión en el sentido en que puedan causarla entre nosotros las condecoraciones, por ejemplo. En muchos de ellos, ciertos adornos eran privilegios de las clases dominantes. Las pieles de animales selváticos eran distintivo de los caudillos y de los buenos guerreros. Por consiguiente, la política ha representado un papel muy importante en el origen del vestido; como también en cierta medida lo ha representado la religión. Dice Gurewitsch en *La evolución de las necesidades humanas*, que « muchas manifestaciones del adorno humano pertenecen originariamente al campo del culto, o se hallan tan íntimamente relacionados con él que no se pueden separar en ellas lo que tienen de culto y lo que tienen de amor al adorno. »

Podrían presentarse muchos más testimonios de la falta de fundamento de la tendencia a creer que el móvil económico haya sido el único factor, ni el más importante, en la elaboración del tejido social, y que el derecho, la política, las ideas, los gustos y los sentimientos de los pueblos, le hayan estado subordinados. Los pueblos han sido guiados más principal e intensamente que por el móvil económico, por otra porción de instintos religiosos, morales, políticos y artísticos. Y los pueblos han luchado y han llegado a los grandes sacrificios, igualmente por razones de carácter bien distinto.

Pero si es cierto que ni en la naturaleza ni en la mayor parte de la historia puede apoyarse la escuela del materialismo histórico, no es menos cierto que refleja un estado psicológico nacido de la

vida moderna, que expresa la gran obsesión por lo económico, de la sociedad en que actuamos, y que denota el rango que los factores materiales tienen en la conciencia social de nuestro tiempo. Donde el becerro de oro recibe el culto más extenso y fervoroso que jamás se haya tal vez conocido, y donde, en aras de ese culto, la sociedad ha admitido más formas mentales, perfectas para adquirir cierto tipo de conocimientos, monstruosas para guiar la conducta humana, que han secado el espíritu de los hombres y lo han reducido a unas fórmulas de orientación y convivencia rígidas, impersonales, y sin sensibilidad, ¿qué de extraño tiene que hayan aparecido doctrinas como la materialista histórica?

Como tampoco tiene de extraño que el sindicalismo obrero haya reclamado el derecho exclusivo del productor a participar del activo social. Claro está que es estúpida la creencia de que la productividad material de la sociedad sólo depende de quienes intervienen directamente en las actividades llamadas productoras; es decir, de los obreros, de los empresarios que los organizan y de los técnicos que los guían. Esos obreros y esos empresarios, y esos contra maestres, y esos ingenieros, no hacen sino aprovechar los métodos e instrumentos que descubren otros hombres menos preocupados de la utilidad. Estos inventores, a su vez, son aplicadores de investigaciones más generales que hacen otros sabios, desinteresadamente, y por pura especulación científica.

El doctor Rove, discípulo de Pasteur, al inaugurar en 1898 el curso de la Universidad de Lille, llamaba la atención sobre la estrecha conexión que existía entre la investigación científica y la práctica industrial, en las grandes industrias establecidas con verdadera modernidad. Se refería a Alemania, y decía: «Hace algunas semanas, visitaba yo una inmensa fábrica de materias colorantes cerca de la Prusia renana. Recorría un laboratorio lleno de actividad, maravillosamente provisto, donde más de cincuenta químicos trabajaban. Como yo me asombrara de este gran número, me dijeron: «No son químicos empleados de la casa; son doctores jóvenes, salidos de las universidades, que desean hacer investigaciones. Encuentran aquí gratuitamente medios de trabajo

y orientan sus investigaciones en la dirección que les parece. No nos importa el fin que persiguen. Con tal que la ciencia progrese, encontraremos siempre beneficio. »

Y un francés también, el diplomático M. Cambon, contaba, en 1910, cómo visitando una gran fábrica alemana de productos químicos, el director le iba nombrando los ciento cuarenta y cinco químicos que trabajaban en la fábrica, la mitad de ellos empleados en el servicio corriente, y setenta en investigaciones. « Estos setenta investigadores, decía el jefe de la empresa, nos cuestan 350.000 francos al año; las nueve décimas partes no producen nada, pero esa décima parte puede encontrarnos con qué ganar millones. »

Es indiscutible que pueden crearse y vivir cierto tipo de industrias, poco complicadas y de escasas exigencias progresivas, entregadas exclusivamente a obreros, empresarios e ingenieros; pero aun esas industrias sencillas se estancan y perecen si no reciben constantemente la savia renovadora de la alta cultura que es la matriz de sus métodos y de sus procedimientos eficaces. Y no me refiero únicamente a la alta cultura científica experimental sino también a las formas del pensamiento más teóricas y, al parecer, menos útiles. ¿De dónde han nacido, después de todo, esas corrientes de pensamiento que han conducido a la ciencia moderna? ¿Es que puede comprenderse la aparición de esos físicos y químicos del siglo pasado sin haber antes existido un Kant, un Leibniz, un Descartes, un Bacon? La ciencia moderna es el resultado de un proceso de aclaración y precisión de los métodos de desarrollo del conocimiento, iniciado y sostenido por metafísicos que, aunque no impulsan hoy la máquina, ni mueven la mano del operario, ni dan órdenes desde el despacho del ingeniero, son el duende invisible que anima y dirige todos esos instrumentos. La última y más elemental faena industrial es aplicación de una cultura que tiene sus grados, desde la inspiración del pensamiento general que abre el horizonte, hasta la creación del método o herramienta que transforma la materia concreta.

Pero los obreros no comprenden eso, como no lo comprenden tampoco los capitalistas; como no comprende la generalidad de los seres humanos vivientes el papel y los sentimientos que las ideas desempeñan en su propia existencia. Cegados en la persecución de objetos materiales, abrumados por la profusión de necesidades materiales, los hombres de hoy viven por los sentidos y para los sentidos casi exclusivamente, y encerrados en la gran caparazón mecánica que la ciencia utilitaria les ha creado, terminan por odiarse y por destruirse. La sociedad moderna, que tan ufana se presentó ante la historia en los siglos últimos, acabó por segregarse sus propios disolventes. Así apareció en la filosofía el materialismo histórico; en el derecho, el anarquismo; en la política, el imperialismo y la demagogia; en la vida económica, el comunismo... variantes todas de una misma reacción violenta y acre contra un estado ideológico y social insincero e injusto y sin sentido moral ni cordial.

Sólo el sentido moral puede crear una sociedad con armonía, estabilidad y confianza; pero no el sentido moral de una ética formalista que se resuelva en unas cuantas máximas, sino el sentido moral profundo, biológico, despertado en lo más íntimo de los corazones y haciendo vivir al género humano palpitando de generosidad y de amor. La felicidad material que soñaban los filósofos del siglo XVIII, sólo era un sueño, un mal sueño aniquilador. Para ella se organizó la sociedad moderna, y por ella cayó maltrecha y quedó sin fe en los campos de batalla de Europa. ¡La guerra! Aun estremece esa siniestra palabra. ¡La guerra! Ese fué el fin de una sociedad sin alma.

Pero esperemos, señoras y señores, la nueva aurora social. Se está gestando ya desde hace largo tiempo. La guerra no ha hecho sino desprestigiar lo pasado, desbaratar resistencias y acelerar las corrientes de la evolución. La filosofía utilitaria quedó hace mucho olvidada, y toda la ciencia formalista está en plena quiebra. La propia física revoluciona sus métodos y se hace relativista. El derecho está transformándose con un sentido más real y eficaz de la justicia. La democracia desaparece transitoria-

mente para buscar una forma de organización menos vacía y más sincera. La industria lucha, entre convulsiones, por acomodarse a un régimen de trabajo más soportable y de mayor estima por la personalidad. Vuelve a percibirse el renacimiento del mundo moral. Hay un despertar religioso, y un respeto por ese despertar, incluso en las inteligencias más exigentes y selectas. La inteligencia se humilla, escoge maneras de pensar menos pretenciosas, y deja ocupar un puesto más alto en la cultura al sentimiento y a la voluntad. Las formas de civilización sentimentales — la española, la inglesa — se hacen más atrayentes y simpáticas. El corazón humano vuelve a recuperar su reino perdido.

Entre tanto se realiza toda esa transmutación de valores y de normas de vida, el mundo civilizado danza una ebria contradanza de audacias, despropósitos e incoherencias. El pensamiento, amilanado, no acierta a coordinar nuevos sistemas de ideas; el arte, en vez de hacer obras estructuradas y pujantes, hace grotescas piruetas; los escenarios se llenan de deformidades superrealistas; la música de los exquisitos se confunde con los ritmos más primitivos de las tribus bárbaras; a gobernar los pueblos se levantan gentes improvisadas que hacen tabla rasa de todo derecho y de todo respeto social; las gentes distinguidas, con los nervios rotos y sin sentido en la vida, buscan emociones en el snobismo y en los «cabarets», para no morir de hastío, y aceptan formas de gusto francamente degradadas; las flores más delicadas y bellas de la feminidad civilizada, crecen entre opio y whisky, y mecen sus cuerpos sutiles al compás de risas de «jazzband» feroces y selváticas; el pueblo obrero acecha, lleno de rencores, la hora de su venganza, y mientras tanto destroza con huelgas la obra de la laboriosidad.

Dicen viejas leyendas que las casas de los muertos se pueblan de fantasmas. Así está hoy llena, la que fué moderna sociedad, de espectros irreales, de vagas y desconjuntadas quimeras. Esperemos, no obstante. Es el esfuerzo angustioso por traer una nueva vida más verdadera y más vital. Es el esfuerzo por rescatar al hombre que anduvo perdido en las sombras sin espíritu de la